

chero, no advierte la gran transformación colectiva y personal que, a despecho de un régimen de compadrazgos, se operaba, germinando. La vida española, para él confinada en los círculos de la Puerta del Sol y en los cafés y tascas de las calles y callejas aledañas, representaba un fenómeno insular.

Quizá las líneas calificadoras de este poblado y vocinglero mural, que no obstante los reparos enunciados posee las virtudes de la amenidad y es fiel reflejo de una coruscada decadencia, se basen en la pasión literaria que vertebra el entero existir de Rafael Cansinos-Asséns, al arrimo de la sensibilidad modernista, propicia a los derivados «ismos». Dentro de las artimañas, trampas y competitividades del letrado gremio, el poliglotismo aseguró la subsistencia de aquel escritor nato, a costa de un trabajo ímprobo y del parcial sacrificio o aplazamientos en ristra de la propia expresión. Una condicionada posición económica que difería de los acomodados y encumbrados colegas y le permitió mayor libertad de juicio y decisión. Y añadió una óptica implacable de los «hampones» que pululaban en derredor.

«Hampones», el encuadramiento despectivo a que apela frecuentemente, condenatoriamente, Rafael Cansinos-Asséns y entronca con su pulcritud, también física, que lo distancia de los proliferados sablistas. Para él, la limpieza es casi un predicado ético.

¿Se hallan bastante diferenciados, en la acepción de Cansinos, esos hombres, apenas nombres, que mordisquearon, so pretextos poéticos, narrativos o teatrales o de cambiante crítica, aquella falaz actualidad y los postulados que esos tiempos —vuelve, en sordina, el período de transición— nos legaron? ¿Concede la merecida y detenida atención a Valle-Inclán, Galdós, Baroja, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Ramiro de Maeztu, a los hermanos Machado, a Ciges Aparicio, Zamacois y Felipe Trigo? ¿Acaso no los empareja, en espacio y captación, con figuras ya de cera, menores, destinadas, fatalmente, al olvido? Ciertamente es, asimismo, que en varios casos le mueve un propósito reivindicador, plenamente confirmado en el cedazo de los años, aun cuando los «expertos» y lectores de hoy persistan todavía en ignorarlos. Así ocurre con Salvador Rueda, Roberto Castrovido, Alejandro Sawa, para citar escritores de muy distinta entidad. En cambio, ¿quién sería capaz de resucitar ahora la pródiga y «sonora» versificación de Villaespesa?

Capítulo aparte reclaman las opiniones de Cansinos Asséns sobre los diarios de aquel turbio tiempo y acerca de los periodistas que los realizaban. Pone al descubierto los entresijos de las correspondientes empresas, como tales, esperpentiza la fauna de sus redacciones, los nexos —oposición incluida— con los poderes constituidos, los partidos de turno, marca de la Restauración, y los hábitos nada ortodoxos que predominaban. Y uno se pregunta si los historiadores de cuño reciente, tan rastreadores —campos de su barbecho— de hemerotecas y asequibles epistolarios, han parado mientes en la espesa atmósfera que «la novela de un literato» trasunta. Y de pronto, con bondad por él reconocida, comparece «Fabián Vidal», que pasadas las horcas caudinas de *La Corres* dirigió desde su fundación *La Voz* y murió, colmada carrera, en su transtierro de México. Azares y avatares, para citar extremos de *El País* (originario) y *ABC*. Probablemente inmodificadas ahora en esencia las cabeceras y las actitudes.

La fobia de Cansinos-Asséns asestada a las mugres y hedores del cuerpo, a la

vestimenta, se manifiesta también en el empleo zahiriente de los diminutivos, que aplica a los nombres de pila o apellido propicio, como minusvaloración. Más que campechanía, desdén: «Andresito» (Andrés González Blanco), «Astranita» (Astrana Marín). Ello casa con su intrepidez idiomática, véase «convulsionario». Y en otros órdenes, las «Reacciones irracionales», a compás de los tipos que se le cruzan, y con dosis de menospreciadora crueldad, que le provocan algunos «compañeros» de pluma. Por ejemplo, una de sus tarascadas, que remacharía después con sangrante y denigratorio episodio, marca su diferencia de varón alto y gallardo, respecto a un achaparrado colega que fue siempre un alma de Dios y republicano consecuente padeció con el franquismo persecución, marginaciones, cárcel y destierro. Ni un adarme de comprensión: «Diego San José, otro *diminutivo* (mío el subrayado) de hombre, pequeñajo, feo, chato y desgredado, que parece un enano de Velázquez y escribe en *El Liberal* evocaciones del Madrid antiguo, siguiendo las huellas de Répide, pero en un estilo avellanado y burdo, lleno de arcaísmos como «aquesto», «esotro» y empleando siempre la frase de «nuestro señor el rey don Felipe, que Dios guarde». Diego San José, «Dieguito», es un hombre algo absurdo, del que Andresito habla con cierta sonrisa irónica. ¿Por qué tanta saña?

Ello no empece para que Cansinos-Asséns se distinga por sus cualidades de retratista (abstracción hecha de ciertos gratuitos encoños, que injustos y desconcertantes suelen ser). Y por estas vividas memorias desfilan —estáticos o guñeros— sinnúmero de individuos, aprehendidos en sus rasgos intransferibles. Así, el reiterado «Biedma, fotógrafo», que es «muy pulcro» (y nuestro autor se esponja, fraternal) y atento como hombre acostumbrado a tratar clientes finos y pedirles una sonrisa ante la máquina (¿boga de la greguería?); «un escritor extremeño que se llama Cascales Muñoz, un hombre bajito (refléjase la exuberancia comparativa), de cara fofa y ojos achinados, de hablar salivoso, al que todos tratan con benevolencia guasona, haciéndole con el apellido chistes que él soporta con toda ecuanimidad. Cascales es un erudito, un arqueólogo y un adorador del vino de Montilla y las huevas de atún».

Basta un capítulo para poner en solfa a la Academia, presidida entonces por don Antonio Maura, o un somero apunte es suficiente a efectos de minimizar la famosa tertulia de Pombo («presbiterio») y a su inventor y señor, Ramón Gómez de la Serna, al que Cansinos no analiza ni justiprecia. Igual le ocurre con el Madrid cercado por un perímetro pueblerino, sin barrios afluyentes ni vastos arrabales, que es, en uno de sus sentires, «un mar muerto, viscoso y enervante».

En aquella Villa y Corte, los naturales o sembrados ingenios pierden pronto la espontaneidad, y al reunirse y encontrar víctimas propiciatorias se les agrían y repuntan los humores. Lindan con lo sádico al concertarse, diluida la responsabilidad. Entre las facetas que Cansinos registra, ésta de las organizadas burlas e irrisiones descubre —deplorable ejemplo el de los banquetes de homenaje que persiguen el escarnio— una de las constantes temperamentales de los carpetovetónicos.

Probablemente, una de las contribuciones más estimables de Cansinos en su *Novela de un literato* sean los haces de atisbos y siluetas dedicados a los escritores que en el mundillo de las letras lograron efímera celebridad y alguna que otra resonancia popular (perdónese la asociación de ideas, petardismo equiparable a los

Vizcaíno Casas, hoy) se consagraron a los temas y situaciones por el público grueso requeridos, los eróticos, que traducían vitales inhibiciones, prejuicios dominantes. Lo que se denominaba sicalipsis —¡oh, santos inocentes!— y que en la actualidad se perpetra mediante textos de gusto estragado y método acumulativo. Mientras, Felipe Trigo se suicida, las timbas ejercen su destructora seducción, fallece el autor de *Juan José* (¡sobrados materiales para caprichos neogoyescos!)

A manera de curiosidad, en torno a los años veinte, debió establecerse la genialidad que Borges confirió a Cansinos-Asséns, en detrimento interesado, maligno, de otras notabilidades hispánicas de aquellos años. Encuentro recogido de esta suerte:

«Atraídos por el fragor del ultra, llegaron a nuestra tertulia del Colonial varios escritores argentinos, unos muchachos jóvenes, que simpatizan con las nuevas tendencias estéticas.

Jorge Luis Borges, un joven alto, delgado, con lentes y aires de profesor. Viene de recorrer Europa en compañía de su hermana Norah, que hace unos dibujos muy modernos. Ha estado en Alemania, es políglota y tiene un enorme fondo de cultura. Aún no publicó ningún libro, pero ya en su país se hizo notar por su colaboración en revistas literarias.»

En cuanto al lenguaje —crónica, rápido estilo—, Cansinos intercala, y no a ojo de buen cubero, expresiones que podrían ser avances —larvas— del «cheli» vigente y abocado a cercana extinción. No le hubieran ido mal esos pujos de populismo a uno de los fantoches achulapados que suscitaron la justificada antipatía de Cansinos: El Caballero (Carretero, rectifica él) Audaz. Una de las estampas más felices se refiere a un incipiente movimiento sindical, periodístico, inspirado y apoyado por la Casa del Pueblo: «De pronto salta al escenario la corpulenta figura del *Caballero Audaz* que estaba no sé dónde confundido entre los grupos. Alto hasta parecer un gigante sobre aquella pena del tabladillo, arrogante, gordo, bien vestido con su chaleco de fantasía, con sus botitos, como un socio del Casino de Madrid, el arribista que debe su fama a esas noveluchas eróticas como *Alma desnuda* (cuyo título más justo sería *Cuerpo desnudo*) y su lujo llamativo y vulgar, su abrigo de pieles, sus sortijones y su alfiler, a su casamiento con una cocotte menopáusica, *El Carretero Audaz*, con su vozarrón plebeyo, de labriego andaluz, arremete, despectivo y retador, con los oradores que lo han precedido...»

Nota diferencial de Rafael Cansinos-Asséns es que, salvo en los comienzos de niñez y el irreprimible despertar de una vocación literaria, ubicado ya en la brega de Madrid —Sevilla sólo un dato referencial— apenas habla de sí y de la génesis y derrotero de sus trabajos, los laboriosos y absorbentes de traducción incorporados. Que yo sepa se desconocen, como conjuntos, sus artículos, textos críticos y ensayísticos y las creaciones propiamente dichas, sean cuales fueren sus extensiones, de ecos ni pizca. Testigo de cuerpo entero y jornada completa margina la complacencia de su expresión y nos resulta plenamente incurso en el paradigma stendhaliano.